



UvA-DARE (Digital Academic Repository)

La escultura sagrada chocó en el contexto de la memoria de la estética de África y su diáspora: ritual y arte

Machado Caicedo, M.L.

[Link to publication](#)

Citation for published version (APA):

Machado Caicedo, M. L. (2011). La escultura sagrada chocó en el contexto de la memoria de la estética de África y su diáspora: ritual y arte Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales (CES)

General rights

It is not permitted to download or to forward/distribute the text or part of it without the consent of the author(s) and/or copyright holder(s), other than for strictly personal, individual use, unless the work is under an open content license (like Creative Commons).

Disclaimer/Complaints regulations

If you believe that digital publication of certain material infringes any of your rights or (privacy) interests, please let the Library know, stating your reasons. In case of a legitimate complaint, the Library will make the material inaccessible and/or remove it from the website. Please Ask the Library: <http://uba.uva.nl/en/contact>, or a letter to: Library of the University of Amsterdam, Secretariat, Singel 425, 1012 WP Amsterdam, The Netherlands. You will be contacted as soon as possible.



La abuela emberá. Fotografía Martha Luz Machado.

CAPÍTULO 1

Los chocoes

Este capítulo sintetiza la etnohistoria de la gente chocó, que, desde tiempos ancestrales, habita la selvática y fluvial topografía del litoral del Pacífico colombiano, donde se sitúan actualmente. El capítulo también enseña los cambios culturales sucedidos a partir de la irrupción europea, transformaciones e innovaciones que conforman hoy el carácter étnico de los chocoes. Un rápido acercamiento a la cotidianidad del grupo permite describir sus medios de subsistencia, organización social y política, y vida espiritual.

Los pueblos indígenas Emberá, Eperara-siapirara, Waunana y Noanamá¹, que conforman la familia lingüística chocó, viven a lo largo de la costa del Pacífico, en las estribaciones de la cordillera Occidental, en el noroccidente antioqueño, en el departamento de Córdoba y, recientemente, en el Departamento de Putumayo. Su ubicación actual² es —como ve-



- 1 Por solicitud de la señora Juliana Piraza (pueblo Noanamá), presidenta de la Asociación de Cabildos Indígenas del Valle del Cauca, ACIVA, incluyo en este trabajo el etnónimo *nonaam* para referirme al pueblo indígena que habita el bajo y el medio San Juan. Esta comunidad, aunque conforma el grupo lingüístico de los chocoes, se considera una población étnica diferente *tanto de la waunana como de la noanamá* (entrevista realizada el 17 de febrero de 2006). Dice Pardo (1987b: 55) que, con excepción de las diferencias lingüísticas, los contrastes culturales entre los waunana y los noanamá son relativamente pocos. Pese a esa afirmación y a la importancia de la fuente, presentaré los vocablos waunanas-noanamás unidos para no excluir a ninguna de las comunidades a cuales corresponde este trabajo.
- 2 Desde el nacimiento de la República, el Estado colombiano reconoció los derechos territoriales de las comunidades indígenas. Efectivamente, mediante decreto ejecutivo de 1820 ordenó la devolución de las tierras a las comunidades indígenas, pobladoras ancestrales. Luego, este derecho fue ratificado por las leyes 89 de 1890 y 135 de 1961 y por el artículo 21 de la Constitución Política de 1991. Finalmente, mediante la ley 160 de 1994 se fortaleció la pertenencia territorial de las comunidades indígenas al ordenar dotarlas de tierras mediante los procedimientos de constitución, ampliación, saneamiento y reestructuración de resguardos (Instituto Colombiano de Desarrollo Rural, 2006).



remos en el siguiente capítulo— el resultado de una historia de ocupaciones, migraciones, encuentros culturales y procesos de asentamiento al que está poniendo fin “la física falta de territorio”, después de tres siglos de dispersión (Pardo, 1987a: 9).

El litoral del Pacífico colombiano está situado en el extremo noroccidental de Suramérica; tiene una superficie de 850 kilómetros y es considerado uno de los sitios con mayor biodiversidad del planeta. Sus costas y estuarios cuentan con una flora generosa, propia de la selva húmeda tropical, donde, además de los manglares, un cinturón de inmensos y magníficos bosques hace de esta región un sitio diferente de cualquier otro hábitat terrestre. La zona es también una de la más húmedas del mundo porque recibe, en promedio, 4.000 mm anuales de lluvia. La región es una franja que se extiende desde Punta Ardita al norte, en la frontera con Panamá, hasta el río Mataje, en la frontera con el Ecuador y desde la cima de la cordillera Occidental hasta las playas del litoral del Pacífico. Sus límites geográficos son al norte la hoya del río Juradó; al sur, los afluentes del río Patía; al oriente, el nacimiento del río San Juan, y al occidente, Cabo Manglares (Cantera, 1993; Galvis y Mojica, 1993) —véase mapa 1—. Cinco departamentos ocupan esta región: Chocó, Antioquia, Valle del Cauca, Cauca, y Nariño. En la actualidad, los chochos, pobladores originarios del litoral y descendientes de los guerreros que enfrentaron la Conquista y la colonización, conforman una población aproximada de cincuenta mil emberáes y diez mil waunanas-noanamás³.

El etnónimo-topónimo chocó y los grupos dialectales

Con el término *chocó* se nombran varios grupos indígenas: los emberáes, los waunanas-noanamás y los eperaras— y se designa una región de Colombia. Este etnónimo-topónimo surgió de las empresas de la Conquista, en 1540, cuando Jorge Robledo atravesó los parajes de Antioquia, Anserma y Cartago y designó con ese apelativo a los grupos indígenas que en ese entonces habitaban “al oeste de Santana [hoy Anserma], separada por la provincia fronteriza de Sima”, comarca que, según la etnohistoria de Pardo (1987b: 49), corresponde al territorio situado en el curso alto del río San Juan. El apelativo *chocó*⁴, que en lenguaje emberá significa ‘gente’, desbordó su sentido inicial, y con él se nombró a otros grupos indígenas que poseían características similares y que se iban conociendo en la hoya del San Juan (Pardo 1987b: 49; Ulloa 1992b: 95; Vargas 1993: 293; González 1996: 2).

3 La cifra agrupa los pueblos étnicos emberá katio, emberá chamí, waunana-noanamá, eperara-siapidara, tule y awa. Véase Población indígena (DANE, 2005).

4 Wassén ciado en Vargas (1993: 294) argumenta que la palabra *Chokó*, “que los emberá utilizan para denominar los cántaros para la chicha”, fue la voz utilizada como gentilicio por los españoles para nombrar a los grupos de indígenas que iban conquistando en esta región.



Por otra parte, como topónimo *Chocó* surgió en épocas tempranas de la dominación española, cuando el actual San Juan fue nombrado río Chocó o de los chocoes. Más adelante designará una extensa comarca⁵, bañada por dos grandes ríos: el San Juan y el Atrato⁶.

Desde finales del siglo XIX, lingüistas y antropólogos retomaron esta denominación española, y es así como actualmente se consideran “grupo chocó” o “indios chocoes”, para efectos lingüísticos o etnológicos, a los emberáes y a los waunanas-noanamás, los cuales presentan una gran semejanza cultural y cuyos idiomas, aunque distintos, están bien emparentados (Pardo, 1987b: 49).

Las múltiples comunidades emberáes, hablantes de varios dialectos, se hallan dispersas en toda la zona del Pacífico y en las estribaciones de la cordillera Occidental, contigua al litoral (Pardo, 1987b: 49-50), en las siguientes áreas:

1. Región de los dialectos originados en el alto Atrato, con las subáreas de:
 - a. Atrato, Bojayá y alto Baudó
 - b. Darién panameño
2. Noroccidente antioqueño y Córdoba, con las subáreas de:
 - a. Valle del alto Murri
 - b. Zona de Dabeiba
 - c. Altos Sinú y San Jorge
3. Alto río San Juan, con las subáreas de los parajes aledaños a Tadó:
 - a. Alto Andaguada
 - b. Risaralda o propiamente Chamí
4. Medio Baudó y las inmediaciones de sus afluentes Catrú y Dubasa, así como la costa entre los afluentes del San Juan y cabo Corrientes
5. Sur de Buenaventura, con sus principales asentamientos en los ríos Saija (Cauca), Satinga y Sanquianga (Nariño).

Según la región en la que habitan, a los emberáes se les conoce con diferentes apelativos. En Antioquia y Córdoba se llaman *katíos*; en Risaralda y Caldas, *chamís* o *memes*, y en toda la zona del Pacífico, *cholos* (Pardo, 1987b: 9). Según Ulloa (1992b), el nombre *epera* es la autodenominación usada por los emberáes del Cauca y Nariño. Como *nonaam* se nombran a sí mismos los pueblos indígenas de las zonas media y baja del río San Juan (Borrero, 2005).

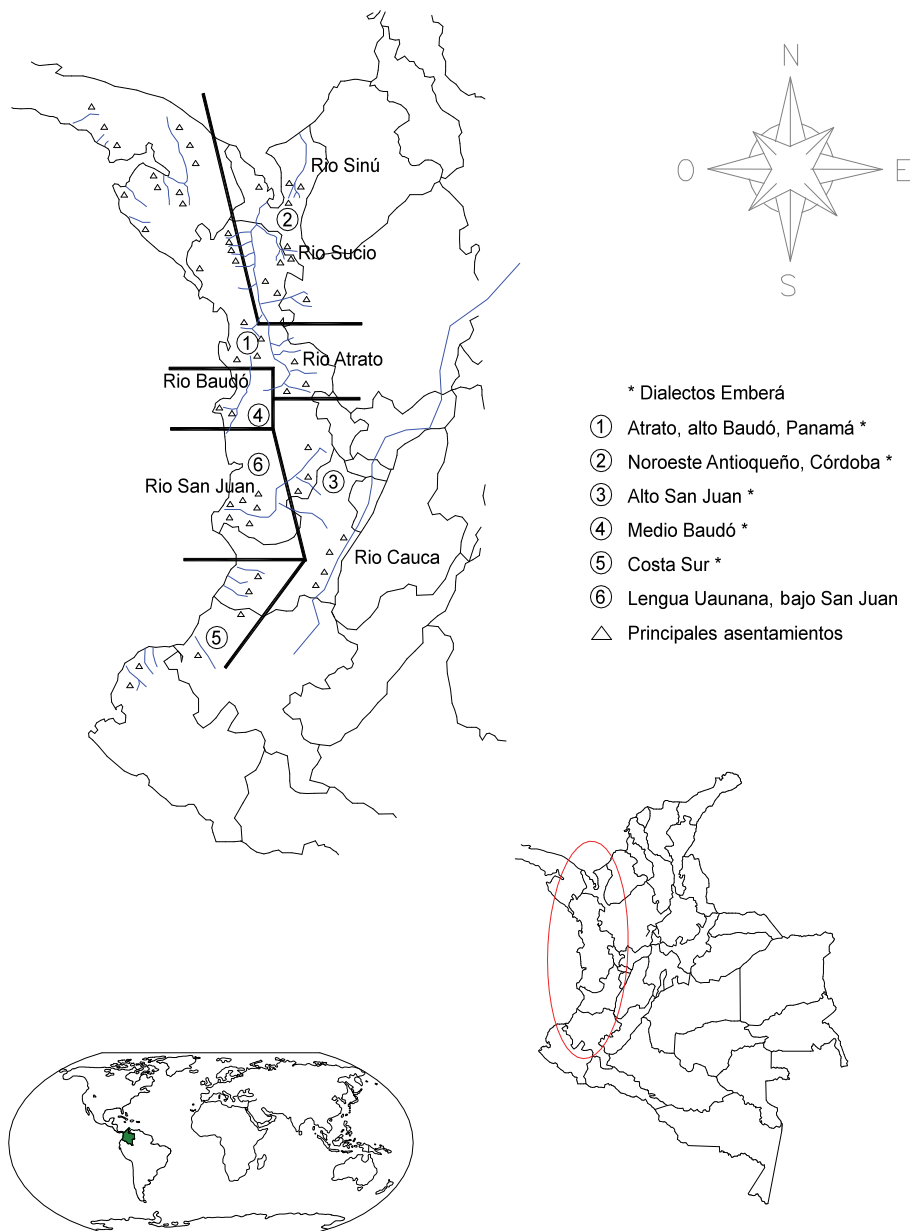
El mapa esbozado a continuación, con base en Pardo (1987b: 47), ilustra la situación geográfica actual de los pueblos chocoes.

5 Sobre el ordenamiento histórico de la región del Chocó véase González (1996).

6 Durante la Colonia se establecieron los enclaves mineros de Nóvita y Citara.



Mapa 1. Localización de los pueblos emberáes, waunanas, noanamás



Construido con base en Pardo (1987: 47) *Dialectología Chocó Actual*

De acuerdo con los datos del Colectivo de Organizaciones Pacífico-Darién (2007), puedo concluir que tradicionalmente los emberáes han habitado en el alto Atrato, en el departamento del Chocó; también están ubicados en las estribaciones de la cordillera occidental chocoana, en el noroccidente antioqueño, en el bajo Atrato antioqueño y en el alto San Juan. Durante el último tercio del siglo xx, algunas familias emberáes emigraron a la región del Putumayo. La población de la gente emberá es mayor que la de otros grupos indígenas de la zona; cerca de 57 mil personas habitan territorio colombiano y panameño⁷; la mayoría de ellos están en el departamento del Chocó.

Los waunanas-noanamás viven en Colombia y en Panamá. En este último país, a pesar de no compartir la lengua, comparten el territorio que tradicionalmente habitan los emberáes. En Colombia tienen sus resguardos a orillas del bajo San Juan, en el Valle del Cauca. También habitan en el Chocó, en el río Docampadó y en el bajo Baudó. Su población comprende 8.177 personas.

Los eperaras-siapiraras pertenecen al grupo étnico Emberá y están ubicados en los municipios de López de Micay y Timbiquí, a lo largo de los ríos Saija y San Francisco, en el departamento del Cauca. En el departamento de Nariño, viven en las bocas de Satinga, a orillas del río Sanquianga en el Charco y en Olaya Herrera (Colombia).

La gente de río (*dovida*) y la gente de montaña (*eyabida*)

Ubicación geográfica actual

A los chocoes también los han caracterizado según su hábitat. Desde la Colonia se ha distinguido la “gente de río”, *dovida* —que moran en el curso de los ríos del interior del Chocó— de la “gente de montaña”, *eyabida*, residente en las serranías en la cordillera Occidental (Pardo 1987b: 50).

El pueblo indígena waunana o waunán-noanamá habita en tres tipos de asentamientos que la etnia considera y denomina de manera diferente: *dusikpién*, la gente que vive en la parte alta de las quebradas; *duchare*, la gente que vive en el medio San Juan; y *badpién*, la gente que vive en el bajo San Juan (Lenguas de Colombia diversidad y contacto).

Los emberáes del alto Baudó

Se encuentran hoy asentados en las áreas aledañas a los ríos Pato, Quito y Bojayá; en la inmediaciones del río Capa, en las altas del Baudó, en el medio Atrato —entre Quibdó y

7 Los emberáes de Panamá provienen del Chocó colombiano y son 22.485 personas (Colectivo de Organizaciones Pacífico-Darién, 2007).



Bojayá— y en los alrededores de los ríos Negua, Bebarama, Beté, Amé, Buey y Tagachí. Habitan, así mismo, la zona baja del Atrato, al norte de Bojayá, en las orillas de los ríos Buchadó, Napipí, Opogadó, Domingodó, Chintadó, Espavé y Sucio, entre otros lugares. Igualmente, estos chochos de origen atrateño se encuentran al norte de la costa pacífica, en cabo Corrientes, y en las áreas de Panguí, Nuquí, Chorí, valle de Juradó y aledañas. Además, están asentados en el Darién panameño (Pardo, 1987b: 56).

Los emberáes del medio Baudó

Son ribereños y se encuentran ubicados sobre el Dubasa y sus afluentes Catrú y Ancoso y, un poco al norte, a orillas del Nauca y a espaldas del Baudó, en los afluentes de Pavasa, Purricha, Catripe y Sivirú (Pardo, 55).

Los waunanas-noanamás (nonaam del bajo San Juan)

Pardo (1987b: 55) delimita el área waunana-noanamá siguiendo un criterio espacial que congrega cuatro regiones: (1) el norte del San Juan, en los altos del río Doccampadó y su afluente Siguirisúa; (2) la llamada Serranía de los Waunana, regada por los ríos Orpúa, Pichima, Togoromá y los aledaños, de cursos cortos, que desembocan entre el Doccampadó y el San Juan; (3) la zona media del San Juan, donde habitan las comunidades de Biocordó, La Lerma, Mataré, San Cristóbal, Unión Chocó, La Florida y Chagpien, y (4) la región del bajo San Juan⁸, que comprende la amplia desembocadura y las zonas aledañas.

Los noanamás (nonaam)

La palabra noanamá traduce literalmente ‘la gente’. El grupo habita en las orillas de los numerosos ríos y quebradas del sistema tributario de las cuencas baja y media del río San Juan, en jurisdicción de los departamentos del Chocó y Valle del Cauca, al occidente colombiano. Según Borrero (2005, manuscrito), la comunidad está integrada por once mil personas en Colombia (también residen en Panamá) y sus patrones de asentamiento corresponde a los ribereños. Por imposición de las instituciones gubernamentales y de los misioneros empeñados en lograr un control más efectivo sobre el grupo, levantaron su concentración en pequeños caseríos. Es así como a lo largo del río San Juan se encuentran, además de algunas viviendas dispersas, las siguientes aldeas que acogen la mayor parte de la población: Burujón, San Bernardo, Puerto Pizarío, Chagpién, Cocalito, Valledupar, Guayacán, Cerrito Bongo, Togoromá, entre otras.

8 Dice Borrero (2005) que los noanamá presentan un variado perfil cultural que se traduce en diversas situaciones en cuanto a contacto con la sociedad no indígena. Así, los indígenas asentados en las partes altas de las quebradas se caracterizan por su aislamiento. Los que viven sobre las riberas de la parte media y baja del río sí tienen contacto e interacción permanente con afrocolombianos y “blancos”.



Los eperara-siapirara del sur de Buenaventura

Hoy en día, la mayoría de su población reside a la orilla de los ríos Infi y Guanguí, tributarios del San Bernardo, afluente del Saija. En contraste con los otros grupos, esta comunidad chocó posee una organización espiritual y cultural dirigida por tres mujeres, llamadas *tachinaves* —nombre que en su idioma significa ‘hijas de la luna’—, quienes poseen poder espiritual y constituyen la representación política de su comunidad por medio de cabildos (Colectivo de Organizaciones Pacífico-Darién, 2007).

La gente de montaña (eyabida)

Los emberá-katío

Habitan en el noroccidente antioqueño, en Daveida, Frontino, Ituango, Murrin —entre otros asentamientos— y en Córdoba, en el alto Sinú, río San Jorge, río verde, en los altos del Murrí y en río Sucio (Pardo, 1987b: 50-51; Aguirre, 1993: 313). Hoy se conocen como los katíos; al respecto dice Pardo (51) que, aunque no existe prueba de su relación con los extintos katíos⁹, se les ha dado inexactamente ese nombre.

Los emberá-chamí

Actualmente se encuentran en el occidente del departamento de Risaralda —en las zonas aledañas al Chocó—, entre los municipios de Pueblorrico y Mistrato y el corregimiento de Santa Cecilia; están asentados en las hoyas de los ríos Agüita, Tamaná y alto San Juan. Habitan pequeños territorios en las veredas de Purembará, Humacas, Kundumí, La Montaña, Bidúa, Kurrumay y Papurra¹⁰ (Pardo, 1987b: 56).

Hay otro subgrupo al norte del departamento de Risaralda, en el área del alto río Andagueda, afluente del Atrato, hacia el extremo oriental del Chocó. Allí ellos permanecen dispersos en veredas de difícil acceso. Dice Pardo que esta región no se menciona en las crónicas coloniales pese a tener una extensión y una población relativamente grandes. Añade que la tradición oral, aunada a sus especificidades culturales y lingüísticas, hace pensar en el origen precolombino de estos asentamientos (57).

Situación actual de los chocoes

La situación social y lingüística de los chocoes ha cambiado drásticamente en los últimos años, debido a que la población civil de esta zona sufre las graves consecuencias humanitarias

9 Aguirre (1993: 313) argumenta que, de acuerdo con los documentos coloniales, los verdaderos katíos sucumbieron a finales del siglo XVIII.

10 El internado de las misioneras de la Madre Laura se sitúa en esta región. En Daveida, la madre Laura, con el propósito de cristianizar, emprendió la misión que ahora lleva su nombre (Pardo 1887b: 57).



derivadas del conflicto armado, principalmente el desplazamiento forzado. De acuerdo con la Acnur, Agencia de la ONU para los Refugiados, cerca de dos mil indígenas emberáes fueron desplazados de sus territorios en abril de 2009 por los grupos armados colombianos. Por su parte, *Lenguas de Colombia, diversidad y contacto* afirma que en la actualidad es posible encontrar numerosas comunidades emberáes en ciudades como Medellín y Bogotá, sin que se haya realmente señalado el impacto sociocultural que afrontan los pueblos indígenas del litoral del Pacífico.

Adaptación y subsistencia

Los chocoes de la selva húmeda tropical del litoral del Pacífico tienen sus territorios entre el océano y la cordillera de los Andes, dos barreras naturales que los han recluido en uno de los escenarios más bellos del planeta: el litoral del Pacífico colombiano, conocido también como *Chocó biogeográfico* o *Andén Pacífico*. El nombre del *Andén Pacífico*, que corresponde a una entidad geográfica que ocupa los departamentos de Antioquia, Cauca, Chocó, Nariño y Valle del Cauca, se originó en la metáfora del ‘tránsito’, del ir y venir de unas de comunidades de clara identificación étnica, social y cultural: las poblaciones afrodescendiente e indígena (Mendoza, 2009).

En los 71 mil kilómetros cuadrados que comprende esta geografía espléndida, se encuentran esparcidos 184 resguardos¹¹, situados frente a diversos ríos. El hábitat se caracteriza por una biología generosa, con numerosos paisajes y ecosistemas como la selva húmeda tropical, los manglares, las costas y los estuarios. El cielo permanece nublado y es una de las regiones más pluviosas del continente americano, entre 3.000 y a veces más de 5.000 milímetros anuales de lluvia caen sobre su superficie (Cantera, 1993: 15). La temperatura es superior a los 27 grados centígrados (80.6 °F), y la humedad hace que la ropa se pegue al cuerpo

En esta selva húmeda tropical, los pueblos étnicos desarrollan una economía de subsistencia basada en la pesca, la caza y, en menor grado, la recolección. El litoral es un sitio privilegiado en cuanto a biodiversidad, pero, por sus tierras inundables y su alta pluviosidad, los suelos son muy pobres. Sin embargo, los chocoes, agricultores itinerantes, siembran en áreas aisladas, cercanas a sus viviendas, algunos productos de pan coger: plátano, yuca y caña de azúcar. De igual modo, en terrazas naturales formadas por los afluentes, plantan arroz, café, cacao, ñame y algunos frutales tropicales como limón, naranjas, caimito, árbol del pan, guamo y badea. Añaden a su dieta alimentos adquiridos en el comercio, como galletas, sardinas, pastas y harinas. Hombres y mujeres se reparten las tareas de subsistencia según

11 El *resguardo indígena* es una institución legal y sociopolítica de origen colonial español, conformada por un territorio reconocido por el Estado mediante un título de propiedad colectiva o comunitaria y que se rige por un estatuto especial autónomo, con pautas y tradiciones culturales propias. Ulloa (1992b: 101) indica que “el resguardo es una tierra comunal; por consiguiente, los lugares donde se caza y se recogen frutos no pertenecen a nadie: son un bien común”.



las labores de cada género; por ejemplo, la mujer se encarga de escamar los productos de la pesca que obtienen los hombres. Asimismo, mientras los hombres preparan el terreno, las mujeres, con sus hijos a cuestas, deshieren para después sembrar y cosechar en la parcela (Ulloa, 1992b: 103-106).

Familia y organización social

Cada familia se encarga de su parcela, y, aunque el territorio es de propiedad comunal, el derecho a usufructuarlo se hereda. La parentela desborda el umbral de la familia nuclear, y, por filiación paterna y materna, se otorga el derecho a habitar en la misma región. La familia es extensa, pero tiende a constituir células nucleares. El patrón original de asentamiento es disperso, aunque actualmente existe la predisposición a agruparse en pequeños caseríos. Los matrimonios son endogámicos y, por consiguiente, ocurren entre miembros de la misma etnia (Ulloa, 1992b: 118). Pardo (1987a) señala que “el conjunto de familiares de un individuo en unos cuatro grados de consanguinidad constituye lo que en antropología se ha denominado una parentela”. La terminología de parentesco varía según las zonas. Entre los emberáes de la zona del alto San Juan se designa con el mismo término a primos, tíos, sobrinos y hermanos; Pardo (1987a) afirma que “esto corresponde a lo que se ha denominado como ‘sistema hawaiano’”. Friedemann y Arocha (1985: 242) describen el *chapakau* de la zona del Baudó y dicen que es un sistema que organiza la vida de los individuos alrededor de la parentela. Se trata de un grupo de parientes que, para asentarse en las riberas de un río, invocan el hecho y el derecho de hallarse allí un primo hermano viviendo. Varios primos hermanos de ese *chapakau* y su grupo —la parentela— habitan tambos dispersos en las riberas del mismo río o de otros ríos. La unión matrimonial se da entre jóvenes, salvando las prohibiciones de consanguinidad.

Organizaciones sociopolíticas

Las organizaciones indígenas regionales son las encargadas de solucionar los problemas; conforman el pedestal de la estructura política y social y, como tales, se encargan de llevar a cabo políticas territoriales como la consolidación de resguardos y la defensa del territorio; políticas de población, como las atinentes a la salud; culturales, como las que tienen que ver con la educación —por ejemplo, sobre parámetros biculturales; es decir, la etnoeducación—, y administrativas, que dan las bases para que las comunidades sean gestoras de su propio desarrollo, entre otras labores. En efecto, estos últimos lineamientos son los encargados de dar los instrumentos para velar por el bienestar de la comunidad frente a decisiones nacionales que cobijan o afectan a la comunidad.

Con base en esta organización política y social, los emberáes han constituido la *Organización Indígena de Antioquia* (OIA), la *Asociación de cabildos emberá y waunana y noanamá* (Orewa) para el Chocó, y el *Consejo Regional Indígena de Risaralda* (CRIR) (Ulloa, 1992c: 116). Los noanamá crearon la Asociación de Cabildos indígenas del Valle del Cauca, Aciva, para la



región del medio y bajo San Juan. Estas instancias no gubernamentales están influidas y motivadas por la *Organización Nacional Indígena de Colombia* (ONIC), que es, a su vez, un instrumento político que reúne “bajo la misma maloca”¹² a las diferentes etnias que conforman el pueblo indígena colombiano (ONIC, 2007).

De la misma forma, los cabildos mayores están conformados por los diferentes miembros de cada comunidad y son el estamento encargado de establecer las relaciones entre la comunidad indígena y el Estado nacional. Se subdividen en cabildos menores, con sus respectivos gobernadores, segundos gobernadores, alcaldes mayores, alguaciles mayores y cuatro cabildantes quienes velan por el bienestar de su comunidad a escala local (Chávez 1992: 168).

Vida espiritual

Este aspecto abarca todas las instancias de los chocoes. Su concepción del mundo reposa en el principio de la unidad esencial: las plantas, los animales, las cosas, los elementos... todo cuanto existe conforma un todo interrelacionado. Según explica Ulloa (1992a: 22): “la unidad que se da en el pensamiento se refleja en las diversas prácticas humanas, incluidas las estéticas, que no son fenómenos aislados sino un proceso constitutivo de esa unidad”. Esta relación junta creencias y prácticas religiosas, las cuales tienen el fin de asegurar “la subsistencia física en esta tierra, en términos de alimentación y salud” (Reichel-Dolmatoff, 1960: 118). Efectivamente, la vida espiritual chocó y el ejercicio religioso circulan en torno a la agricultura, la caza y la curación de enfermedades (160).

El *creador*, la personificación sobrenatural suprema, se designa, entre los noanamá como *Evadama* y, entre los emberáes, como *Caragabí*; su imagen es la de un hombre viejo (119) que actúa remotamente en el tiempo mítico; es un ser bienhechor que controla el universo e interviene levemente en el acontecer diario de los chocoes. “*Evadama* o *Caragabí* —dice Reichel-Dolmatoff (1960: 119)— no es objeto de culto o temido como juez ejecutor de una ley moral; no se representa en forma plástica o pictórica; no interfieren en la caza la pesca o la curación”.

Los pueblos emberáes, eperara siapirara y waunana-noanamá presentan una serie de características similares que han sido descritas por Pardo (1987a), Vasco (1985), Ulloa (1992a), Reichel-Dolmatoff (1960) y Pineda y Gutiérrez (1984-1985), entre otros autores. Pardo (1987a: 9) advierte que desde los primeros años de la Conquista se han reconocido las analogías culturales y sociales entre uno y otro grupo. Por su parte, Vasco (1985: 7) encuentra que, pese a su dispersión, ambos grupos siguen exhibiendo características similares en casi todos los aspectos. Ulloa (1992a: 100) coincide con estas apreciaciones

12 “Maloca” es el nombre común que refiere la gran casa ancestral de los pueblos indígenas del Amazonas de Colombia y Brasil. Seguramente la ONIC usa esta metáfora para indicar el abrigo que ofrece a las diferentes comunidades indígenas del país.



y argumenta que, si bien es cierto que hay singularidades y diferencias regionales entre ellos y en sus relaciones con sus vecinos afrodescendientes o con la sociedad “mayor”, estos contrastes no entorpecen su unidad cultural. La autora mencionada afirma que, pese a las diferencias —de idiomas, técnicas productivas y relaciones interétnicas—, “la unidad en el pensamiento y concepción del mundo emberá se mantiene”.

Por su parte, Pardo (1987a: 11) halla que el conjunto de pueblos que forman el grupo lingüístico chocó presenta divergencias internas. Según él, los rasgos que diferencian a un grupo de otro consisten en la fonología, el léxico y los dialectos, la vestimenta y la pintura facial y corporal, la habilidad para el uso y la construcción de canoas, las variaciones en los tipos de vivienda y las particularidades de sus prácticas chamánicas, entre otros elementos.

Con respecto a los cambios socioculturales, desde el siglo XVI los indígenas chocoes han recibido continuas influencias externas¹³, conforme lo demuestra Pardo (1987b: 60): “no se puede hablar de una cultura indígena chocó primigenia, sino de procesos de mayor o menor aculturación, de sincretismos y de readaptaciones”, de transformaciones que han ocurrido como producto de las relaciones entre los chocoes y otros grupos étnicos o entre ellos y la sociedad dominante. Herrera (1992: 174) se refiere al impacto de la invasión española en la organización social y en los impresionantes descensos de la población. Ulloa (1992b: 96) señala que tanto el territorio como los mismos emberáes han sido transformados mediante una intensa dinámica de conquista y colonización y que cinco siglos de historia han modificado drásticamente su espacio vital y su cultura. Reichel-Dolmatoff (1977: 419-427) argumenta sobre las consecuencias del influjo de las misiones en las comunidades indígenas colombianas e indica que la evangelización y todo lo que la acompaña atraviesan las estructuras culturales —que abarcan la vivienda, la economía, la estructura de la familia y la salud—, con lo que, en últimas, dice, “destruyen todo un sistema simbólico, toda una red de referencias que dan sentido a la vida y que hacen manejable el mundo indígena”. En este contexto, la acotación de Hernández (1995: 27) sobre la influencia de la Iglesia Católica en la mitología emberá es un ejemplo. Taussig (1982: 564) afirma que la creatividad de los chamanes “fue probada a fondo por la Conquista española, el cristianismo y el sistema económico contemporáneo”; a las consecuencias de este sistema de opresión y dominación las conceptúa como “la pérdida de la inocencia” y “rupturas fundamentales”; concluye (565) que después de la catastrófica conquista y colonización “nada puede volver a ser lo mismo”.

Pardo (2005) registra las transformaciones de la escala productiva indígena¹⁴ —en la talla de canoas y en la edificación de tambos, entre otros elementos— que fueron re-

13 Sobre la intervención de instituciones coloniales, republicanas y del Estado nacional véase Pardo (1987a: 92-93).

14 Del mismo modo, me pregunto si en las zonas ribereñas la similitud entre las artes de pesca de uno y otro grupo es el producto de estos intercambios.



sultado de la adopción de aparejos metálicos en reemplazo de las arcaicas herramientas de trabajo¹⁵ fabricadas en madera, piedra y hueso. Considera, del mismo modo, cómo la cacería se innovó con la introducción de perros y armas de fuego (61). Pineda y Gutiérrez (1984-1985: 50) menciona la hamaca, en la cual las mamás emberáes acuestan a sus niños, como un préstamo cultural de sus vecinos los negros.

En una explicación posterior, Pardo (conversación personal, enero de 2006) expuso unidades del habla española que se introdujeron en el idioma indígena. Argumentó que, pese a la diferenciación lingüística entre los chocoes (emberáes y waunanas-noanamás), existen elementos de habla comunes a los dos grupos; ejemplo de ello son diferentes voces onomatopéyicas como *ucha* ('perro'), *eterre* ('gallina'), *china* ('marrano') y *misí* ('gato'), que podrían analizarse como índices de que los chocoes han adoptado léxicos similares de un vocabulario foráneo, el español¹⁶. Pardo señala, además, la transformación de los atuendos¹⁷ de los chocoes y la innovación que constituyó el uso de adornos de plata. Dice que, en el siglo XIX, los emberáes vestían su cuerpo con telas vegetales, llevaban el pelo muy largo y usaban chaleco negro adornado con monedas de plata negra, un dato importante para la hipótesis fundamental de este trabajo, teniendo en cuenta que la gente negra desarrolló la platería en el Pacífico colombiano. Comprándoles plata o platino a los negros del chocó, los indígenas innovaron su atuendo; los collares de conchitas y los aretes de golondrina¹⁸ también pueden ser evidencias esta transformación, relativamente reciente, la cual desembocó en la elaboración de una estética que los emberáes tomaron en parte de sus vecinos los africanos y sus descendientes.

Pese a los cambios, la gente chocó ha conservado sus tradiciones. Hoy en día, los diferentes grupos poseen complejos culturales similares. Pardo (1987b: 55) se refiere a las analogías estéticas que existen entre los emberáes del medio Baudó y los waunanas-noanamás del bajo San Juan —áreas alejadas una de otra— y a los rasgos equivalentes en la cerámica y en la construcción de casas de planta circular y techo cónico. Ulloa (1992a) indica la existencia de esta unidad cultural a través de los rituales chocoes, incluyendo el Canto de Jai. En efecto, en todas las comunidades indígenas chocoes, el ritual religioso-terapéutico presenta una coexistencia de elementos solemnes similares en las diferentes comunidades, semejanzas de componentes y analogías, conforme lo sostiene Ulloa (205):

15 Ulloa (1992c: 98) dice: "entre 1600 y 1640 se inició el reconocimiento del río Atrato y los contactos comerciales por medio de los cuales los indígenas [emberáes] adquirirían herramientas metálicas, [lo] que llevó al inicio de un acercamiento pacífico" con los españoles.

16 El perro, el gato, la gallina y el cerdo llegaron a América con la invasión española, y con ellos, por supuesto, sus nombres.

17 Sobre los atavíos y adornos de la Conquista véanse Jorge Robledo y las crónicas de Pedro de Cieza de León (1985).

18 Sobre la manufactura y el uso de adornos y la pintura facial y corporal de los chocoes véase Ulloa (1992: 313-315).



Casi todas las ceremonias realizadas por el jaibaná tienen un esquema operativo análogo: tiempo nocturno; comunicación con las esencias, a las cuales se les brindan bebidas embriagantes; posición del jaibaná, sentado con la hoja de don pedrito (*oenocarpus spp*¹⁹) en la mano y rodeado de su parafernalia ritual: bastones, tallas y totumas.

Conclusiones

Las esculturas usadas en los rituales del Canto de Jai son un nuevo elemento revelador del ‘vínculo’ cultural que une a los chocoes. En efecto, los resultados de esta investigación dejan ver que el bastón que acompaña al jaibaná desde el comienzo de su labor tiene similar morfología y significación —la representación de un conjunto de espíritus de los ‘familiares’— entre los noanamá en el Bajo San Juan; los emberá-katío del occidente, en el Urabá antioqueño; los eperara siapirara del Saija; los emberáes del Atrato; los emberáes del Baudó y los waunanas-noanamás del medio San Juan. En este contexto podría argumentar que la información estética circuló rebasando la segmentación geográfica y política que existe entre este grupo y contribuyó a que se originara un elemento asociado a su identidad étnica, como pueblo indígena chocó.

Estamos, entonces, frente a un grupo cultural dinámico y moderno, en donde los cambios, transformaciones e innovaciones ocurridas a partir de la Conquista forman parte de los caracteres étnicos que identifican hoy al pueblo chocó. Como lo indican Pardo (1987a; 1987b) y Ulloa (1992a; 1992b), el pasado colonial indígena y el peso de la Colonia sobre su historia, así como de la intervención del Estado desde tempranas épocas de la República, sumados a la transformación sociocultural y a la readaptación de elementos foráneos y a la conservación de otros, se oponen a aquel enfoque que minimiza los contactos con los africanos y sus descendientes, así como el peso de al menos dos siglos de relaciones interétnicas y con la sociedad dominante.

19 El jaibaná acompaña su canto con el ritmo de los movimientos de una hoja de parará o don pedrito (*oenocarpus spp*).